



# APROPIACIÓN SIMBÓLICA Y EXTREMISMO HÍBRIDO

## EL FENÓMENO “WHITE JIHAD”

Francisco Javier Moreno Oliver

Doctor en Psicología. ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-9306-2125>



### INTRODUCCIÓN

La llamada “white jihad” es una forma reciente de extremismo que fusiona la ideología supremacista blanca con tácticas y discursos propios del yihadismo islámico.

El término se utiliza para describir cómo ciertos grupos neonazis imitan métodos de violencia, símbolos y estrategias de propaganda asociados al terrorismo yihadista para impulsar sus ideas racistas y atraer a personas dispuestas a cometer actos violentos que ponen en riesgo la seguridad pública.

Organizaciones como Order of Nine Angles, National Action o Atomwaffen Division han difundido activamente esta corriente, y varios de sus miembros estuvieron implicados en planes de ataque entre 2020 y 2021 (Koch, Nahon & Moghadam, 2021). Según estos autores, la “white jihad” constituye un peligro claro y presente, sus raíces pueden rastrearse desde la afinidad ideológica entre Adolf Hitler y Amin al-Husseini durante la segunda Guerra



Mundial hasta la coincidencia de discursos raciales en figuras como George Lincoln Rockwell o Malcolm X.

Este fenómeno combina antisemitismo, rechazo a Estados Unidos y oposición a la democracia liberal, adoptando incluso formas de violencia inspiradas en el yihadismo, como los atentados suicidas o la glorificación del martirio (Koch et al., 2021).

En este contexto surge también la idea de la “white sharia”, una reinterpretación extrema de la ley islámica adaptada al supremacismo blanco. Aunque comenzó como un meme en 2016, terminó convirtiéndose en una propuesta de orden social basada en un patriarcado racializado que busca controlar la vida de las mujeres blancas, su sexualidad y su capacidad reproductiva.

Esta narrativa refleja miedos sobre la pérdida de poder frente a otros grupos y proyecta esa ansiedad en forma de violencia simbólica y social (Koch et al., 2021; Nacos, 2020). Comprender la “white jihad” implica reconocer tanto su dimensión ideológica como sus efectos humanos: procesos de radicalización, amenazas a la convivencia democrática y la difusión de discursos que legitiman la discriminación y la violencia.

Su estudio muestra cómo movimientos extremistas de orígenes distintos pueden entrelazarse, evidenciando que las fronteras entre ideologías violentas son más permeables de lo que suele asumirse (Koch et al., 2021; Nahon & Moghadam, 2019).

## **HIBRIDACIÓN IDEOLÓGICA**

La hibridación ideológica permite que los movimientos extremistas mezclen ideas, símbolos y tácticas procedentes de distintas corrientes para crear nuevas formas de reclutamiento, cohesión interna y acción colectiva. Este proceso se expresa en varios niveles:

### **1. Dimensión simbólica**

Además de adoptar gestos y elementos visuales vinculados al yihadismo, algunos grupos incorporan iconografía europea, emblemas de sociedades secretas y referencias mitológicas. Con ello buscan dotar de una supuesta legitimidad histórica a sus discursos. Esta mezcla de símbolos crea la sensación de continuidad cultural y presenta la violencia como parte de una lucha antigua y necesaria (Miller-Idriss, 2020).

### **2. Dimensión narrativa**

Las historias que construyen combinan la idea de una amenaza existencial con relatos sobre decadencia moral, pérdida cultural y conspiraciones globales.



Para reforzar estos mensajes manipulan contenidos mediáticos y reinterpretan de forma selectiva textos religiosos o históricos, el resultado es un marco narrativo que intensifica la sensación de urgencia y conecta lo político, lo cultural y lo espiritual en un mismo relato.

### **3. Dimensión operativa**

Estos grupos experimentan con tácticas de infiltración social, manipulación de eventos públicos y creación de espacios donde prueban nuevas formas de propaganda y radicalización antes de aplicarlas a mayor escala. También establecen alianzas tácticas con otros movimientos extremistas, compartiendo entrenamiento, logística y canales de comunicación. Esta cooperación aumenta su capacidad de adaptación y dificulta la acción de los Estados para contenerlos (Neumann, 2017; Macklin, 2019).

En conjunto, esta hibridación no solo diversifica sus estrategias de movilización, sino que fortalece su estructura organizativa frente a cambios legales, sociales o tecnológicos, permitiéndoles mantener cohesión y continuidad incluso en contextos hostiles capaces de adaptarse con rapidez a contextos adversos.

### **“WHITE JIHAD” Y LAS TEORÍAS CONSPIRATIVAS**

El concepto de “White Jihad” se sostiene en un entramado de teorías conspirativas que actúan como soporte emocional e intelectual para quienes buscan justificar la violencia y reforzar una identidad colectiva radicalizada. Relatos como el “Gran Reemplazo” o “Eurabia” no solo hablan de transformaciones demográficas o culturales; construyen la figura de un enemigo difuso y permanente que alimenta la idea de una amenaza existencial dirigida contra la población blanca.

Estas narrativas se expanden con rapidez gracias a algoritmos que favorecen contenidos extremos y a la actividad constante en foros y redes transnacionales, creando un efecto de eco que conecta a grupos dispersos y fortalece la sensación de pertenencia.

La adopción de símbolos, expresiones y tácticas inspiradas en el yihadismo, combinada con estas teorías conspirativas, convierte miedos abstractos en llamados a la acción.

La defensa de la “raza blanca” se presenta entonces como un deber urgente. Manuales de combate, guías de propaganda y simulaciones de ataques circulan en línea junto a estos relatos, reforzando la idea de una misión global y ofreciendo un marco que legitima la violencia política.

Además, estas teorías funcionan como mecanismos de cohesión interna. Delimitan con claridad quién es aliado y quién es enemigo, fortalecen la lealtad al grupo y consolidan una identidad compartida.



Los espacios digitales especializados permiten que estas narrativas se discutan, adapten y reinterpreten según cada contexto, lo que hace que los procesos de radicalización sean flexibles, persistentes y capaces de ajustarse a cambios sociales, tecnológicos o políticos.

La combinación entre conspiracionismo y tácticas inspiradas en el yihadismo produce formas de movilización profundamente fanatizadas. Emociones como la indignación, el miedo o el orgullo racial se transforman en motores de acción directa. Así, la percepción de una amenaza global se enlaza con la idea de una obligación moral de actuar, reforzando la cohesión del grupo y manteniendo la narrativa de defensa racial como un proyecto transnacional en constante movimiento.

## **ORGANIZACIONES DESTACADAS DE LA “WHITE JIHAD”**

Durante los años 2000, Aryan Nations —una organización neonazi— manifestó abiertamente su simpatía por el terrorismo yihadista y defendió la idea de una “yihad aria” contra lo que describía como un “sistema tiránico judío” (Macklin, 2019). A partir de 2015, grupos como National Action o Atomwaffen Division incorporaron símbolos, expresiones y tácticas del extremismo islamista para impulsar lo que llamaban la “White Jihad”.

Esta apropiación ideológica inspiró episodios violentos, entre ellos el asesinato de un hombre sij en el Reino Unido en 2015, relacionado con National Action (Macklin, 2019), así como planes de atentados en Francia entre 2020 y 2021 protagonizados por jóvenes que oscilaban entre el yihadismo y el neonazismo (Conway, Scrivens & Macnair, 2019b).

En Estados Unidos también se detectaron individuos activos en espacios vinculados tanto al Estado Islámico como al supremacismo blanco que planificaron ataques bajo esta influencia (Miller-Idriss, 2020).

Uno de los grupos que más ha impulsado esta narrativa es Feuerkrieg, creado en 2020 por un menor estonio, en 2021, otro integrante —también menor de edad y residente en el Reino Unido— fue detenido por delitos de terrorismo, convirtiéndose en la persona más joven arrestada por este tipo de delito en el país (L-Post, 2021).

La Order of Nine Angles (O9A), un colectivo neonazi de inspiración satanista, también ha tenido un papel relevante en la difusión de esta ideología, su principal referente, David Myatt, trató de unir postulados de extrema derecha con elementos del islam para promover una supuesta yihad contra judíos y estadounidenses. Sin embargo, Senholt (2020) señala que Myatt utilizaba estas ideas como herramientas para manipular a activistas radicales y avanzar su propia agenda satanista.

Atomwaffen Division tomó inspiración de O9A, y en 2020 un soldado estadounidense fue acusado de entregar información confidencial a un grupo influido por esta organización, con la intención de que llegara a miembros de Hurras al-Din (Senholt, 2020).



# TERRORISMO

Los episodios recientes muestran cómo la “White Jihad” se traduce en acciones violentas planificadas. En el Reino Unido, National Action —ilegalizada en 2016— demostró un nivel de organización notable, combinando propaganda digital, entrenamientos clandestinos y estructuras jerárquicas rígidas para coordinar ataques y movilizar simpatizantes dispersos (Macklin, 2019). Sus miembros utilizaban foros en línea para compartir manuales de combate, materiales de radicalización y pautas de comunicación, reforzando la cohesión interna y alimentando la idea de una misión histórica centrada en la defensa de la “raza blanca” (Macklin, 2019).

En Estados Unidos, Atomwaffen Division llevó a cabo asesinatos selectivos y actos de intimidación mediante pequeñas células autónomas, manteniendo vínculos con movimientos neonazis europeos a través del intercambio de manuales y estrategias de propaganda digital (Miller-Idriss, 2020). Ataques cometidos en Canadá y Alemania por individuos o células inspiradas en Atomwaffen Division confirman que la “white jihad” no se limita a un territorio concreto, se apoya en redes digitales y canales clandestinos para replicar tácticas y adaptarlas a distintos entornos (Conway et al., 2019; Winter, 2015). Estos casos evidencian que la violencia no surge de manera improvisada, sino que responde a procesos prolongados de adoctrinamiento, entrenamiento y socialización en línea, donde la propaganda y los manuales estratégicos presentan la violencia como un deber moral orientado a preservar una identidad racial.

La combinación de propaganda digital, entrenamiento paramilitar y coordinación transnacional convierte la “White Jihad” en un fenómeno cambiante y persistente. Su capacidad para sortear barreras legales y geográficas, junto con la incorporación de nuevas generaciones expuestas a contenidos radicales, rituales simbólicos y estructuras jerárquicas flexibles, explica su continuidad y adaptación en distintos contextos (Macklin, 2019; Miller-Idriss, 2020; Neumann, 2017).





## **CONSTRUCCIÓN DE LA RADICALIZACIÓN: PROPAGANDA, REDES DIGITALES Y CULTURA EN LA “WHITE JIHAD”**

La radicalización asociada a la llamada “White Jihad” se construye a partir de un entramado que combina propaganda, interacción digital, prácticas culturales y procesos psicológicos que buscan moldear identidades y emociones.

Estos grupos no se limitan a difundir mensajes extremistas: aspiran a transformar la manera en que sus seguidores interpretan el mundo, generando un compromiso emocional y moral con la causa (Winter, 2015; Miller-Idriss, 2020).

La propaganda visual y narrativa es uno de los pilares de esta estrategia. A través de la reinterpretación de figuras históricas europeas y estadounidenses —desde líderes militares hasta referentes del neonazismo— se fabrica un supuesto linaje heroico que pretende legitimar la violencia actual.

Documentales, cortometrajes y biografías digitalizadas presentan a los militantes como parte de una resistencia global imaginada, reforzando la idea de continuidad histórica y misión colectiva (Miller-Idriss, 2020). Estas producciones suelen incluir recreaciones de combates, entrenamientos paramilitares y dramatizaciones de ataques reales o ficticios. Su estética cinematográfica, acompañada de música épica y montajes intensos, busca provocar emociones fuertes y reforzar la sensación de amenaza permanente (Winter, 2015).

A este repertorio se suman narrativas futuristas que describen escenarios apocalípticos donde la población blanca aparece al borde de la desaparición. Estas imágenes alimentan un sentido de urgencia y presentan la violencia como un acto necesario para garantizar la supervivencia colectiva, justificando la disciplina extrema y la participación en estructuras clandestinas (Miller-Idriss, 2020; Macklin, 2019).

Más allá de atraer simpatizantes, estos contenidos funcionan como herramientas de socialización: transmiten normas internas, códigos de conducta y símbolos que refuerzan la cohesión del grupo y normalizan la violencia como parte de su identidad (Winter, 2015).

Los entornos digitales amplifican estas dinámicas. Plataformas cifradas, foros privados y grupos cerrados permiten coordinar actividades, compartir materiales doctrinales y experimentar con nuevas formas de persuasión. Aunque dispersas geográficamente, estas comunidades mantienen una identidad común gracias a la interacción constante y al intercambio de contenidos (Conway et al., 2019; Neumann, 2017).

En estos espacios, memes, microvideos y narrativas virales actúan como vehículos de socialización ideológica. Bajo una apariencia lúdica, refuerzan marcos interpretativos centrados en la idea de una amenaza existencial y facilitan la interiorización de valores extremistas (Winter, 2015; Miller-Idriss, 2020).



La circulación de manuales, guías de propaganda y referencias a ataques considerados exitosos fomenta la imitación y consolida una identidad transnacional. Además, la gamificación —participar en debates, crear memes o producir propaganda— otorga reconocimiento dentro de la comunidad, incentivando la producción de contenidos cada vez más radicales (Winter, 2020).

La radicalización también se alimenta de una estrategia cultural más amplia. La música de extrema derecha funciona como un canal emocional que combina narrativas de amenaza con estilos que generan experiencias compartidas de identidad (Miller-Idriss, 2020). La literatura, los fanzines y otros materiales editoriales ofrecen interpretaciones sobre historia, raza y civilización que buscan legitimar acciones directas en nombre de la preservación racial (Macklin, 2019).

La estética visual —símbolos, vestimenta, grafitis y rituales públicos— crea un lenguaje común que conecta a grupos dispersos y refuerza la idea de una comunidad global (Winter, 2015). Estas prácticas culturales actúan como vías indirectas de reclutamiento y fortalecen la resiliencia de la ideología frente a la censura o la presión institucional (Conway, Scrivens & Macnair, 2019; Neumann, 2017).

La dimensión psicológica es clave para comprender la profundidad de este proceso. La radicalización apela a necesidades humanas básicas como el propósito, la pertenencia y el reconocimiento, especialmente en personas que atraviesan momentos de incertidumbre identitaria, marginación o sensación de pérdida cultural (Miller-Idriss, 2020; Berger, 2018).

La exposición constante a relatos heroicos, figuras consideradas mártires y teorías conspirativas como el “Gran Reemplazo” o “Eurabia” crea un marco mental que vincula la identidad personal con la misión del grupo (Macklin, 2019).

Emociones como indignación, miedo o resentimiento se transforman en motores legitimados moralmente que impulsan la acción. La validación constante en espacios digitales actúa como una cámara de eco que amplifica la percepción de amenaza y convierte la indignación colectiva en un llamado a la acción directa (Conway et al., 2019; Neumann, 2017).

La propaganda, los ecosistemas digitales, las prácticas culturales y los mecanismos psicológicos conforman un sistema de radicalización continuo y emocionalmente absorbente, donde identidad, ideología y acción se refuerzan mutuamente. Este entramado dota a las redes extremistas de una notable capacidad de adaptación frente a intervenciones estatales o restricciones legales, al tiempo que contribuye a normalizar la violencia dentro de su marco ideológico.



## CONTROL SOCIAL A TRAVÉS DE LOS ROLES DE GÉNERO

Más allá del control reproductivo, la llamada “white sharia” redefine los roles de género como instrumentos de poder ideológico y cohesión interna dentro del movimiento asociado a la “White Jihad”.

Las mujeres no solo se presentan como símbolos de preservación racial; también se las concibe como transmisoras activas de valores y doctrinas, encargadas de educar a las nuevas generaciones en disciplina, moralidad y lealtad al proyecto racista. Este papel las convierte en guardianas de la continuidad cultural y simbólica del grupo, donde su estatus depende de la adhesión estricta a normas patriarcales y raciales (Winter, 2020; Berger, 2018).

El extremismo híbrido emplea mecanismos de coerción sutil que van más allá de la vigilancia directa, entre ellos destacan la presión del entorno, la estigmatización de conductas consideradas “inadecuadas” y la imposición de códigos morales que regulan vestimenta, relaciones afectivas y decisiones reproductivas.

La vigilancia mutua, reforzada por grupos de afinidad masculina o femenina, crea un sistema de control interiorizado en el que cualquier desviación se percibe como una amenaza para la estabilidad del colectivo.

La masculinidad normativa se construye alrededor de la defensa violenta del grupo, la protección de la “pureza racial” y la demostración constante de compromiso ideológico. Esta estructura genera jerarquías rígidas: los hombres son evaluados por su capacidad de acción y liderazgo en actividades extremistas, mientras que las mujeres son valoradas por su papel en el mantenimiento del orden simbólico, educativo y cultural.

La interdependencia de estos roles produce un sistema de reciprocidad ideológica donde la obediencia femenina y la acción masculina se refuerzan mutuamente como expresiones de lealtad y eficacia.

La “white sharia” también instrumentaliza la sexualidad y las relaciones afectivas como herramientas de control. La promoción de matrimonios endogámicos, la vigilancia de la hipergamia y la regulación estricta de la maternidad funcionan como mecanismos destinados a reproducir jerarquías raciales y garantizar la supuesta “pureza” de la línea de sangre, integrando dimensiones biológicas y morales dentro de una estrategia política de largo alcance.

Esta dimensión de género actúa como un eje de cohesión ideológica que fortalece la lealtad al grupo y legitima la violencia patriarcal y racializada.

La interiorización de estos roles permite que hombres y mujeres sostengan la estructura jerárquica del movimiento, consolidando la identidad colectiva y el compromiso con la causa de la “White Jihad” sin necesidad de recurrir de forma constante a la coerción física.



## **LA VIOLENCIA EN LA “WHITE JIHAD”**

La “White Jihad” muestra cómo la violencia política puede organizarse como un fenómeno social y ritualizado, donde los actos agresivos no surgen al azar, sino que se integran en marcos simbólicos que les otorgan legitimidad.

Marchas, entrenamientos paramilitares, ceremonias y manifestaciones funcionan como rituales de socialización que permiten a los nuevos integrantes interiorizar normas de conducta, jerarquías internas y códigos éticos que definen qué acciones se consideran aceptables o heroicas dentro del grupo (Berger, 2018; Macklin, 2019).

El material propagandístico violento cumple una función pedagógica y performativa. Enseña técnicas de acción directa y refuerza la narrativa de defensa racial y civilizatoria. Estos contenidos ritualizan la violencia, presentándola como un deber moral y una muestra de valentía, lo que fortalece la cohesión interna y consolida la identidad colectiva (Miller-Idriss, 2020; Winter, 2015).

La violencia también se articula mediante un sistema de codificación de enemigos y amenazas. Este marco permite interpretar los actos agresivos como respuestas justificadas ante peligros percibidos contra la población blanca o la civilización occidental. La codificación genera una legitimidad compartida: cada acción violenta se entiende como esperada, valorada y reconocida dentro del grupo, reforzando la disciplina y la lealtad hacia la causa (Conway, Scrivens & Macnair, 2019a).

La sociología de la violencia en la “White Jihad” revela además un componente transnacional. Prácticas simbólicas y violentas se difunden a través de redes digitales, manuales de entrenamiento y encuentros internacionales, lo que permite que la violencia política se normalice en distintos contextos culturales. Esta circulación asegura que la ideología y las acciones extremistas se mantengan coherentes y adaptables a realidades locales, mientras se sostienen en un marco global compartido (Neumann, 2017; Macklin, 2019).

## **RESILIENCIA ORGANIZATIVA Y ESTRATEGIAS DE PREVENCIÓN FRENTE AL EXTREMISMO DE LA “WHITE JIHAD”**

Las dinámicas asociadas a la llamada “White Jihad” muestran hasta qué punto el extremismo actual es capaz de transformarse y adaptarse, lo que complica tanto su control como su prevención. Este fenómeno combina elementos ideológicos, culturales y operativos que se refuerzan entre sí, creando un entorno donde la radicalización se sostiene a través de redes simbólicas y sociales que superan las fronteras nacionales. La amenaza no se limita a posibles actos violentos: también incluye la creación de espacios ideológicos que normalizan discursos excluyentes y conspirativos, capaces de generar nuevas oleadas de radicalización (Berger, 2018; Miller-Idriss, 2020).



Uno de los rasgos más característicos de estos movimientos es su notable capacidad de resistencia. Esta resiliencia se basa en su habilidad para adaptarse a cambios regulatorios, tecnológicos y sociales. Más allá de su estructura descentralizada y del uso de canales cifrados, estas redes han desarrollado formas de organización flexibles, apoyadas en conexiones transnacionales y dinámicas.

La ausencia de jerarquías rígidas permite que individuos o pequeños grupos actúen con autonomía sin perder la coherencia ideológica. Este modelo dificulta la identificación de líderes visibles y reduce la vulnerabilidad frente a intervenciones policiales o judiciales, lo que facilita la continuidad del movimiento incluso tras detenciones o desarticulaciones parciales (Neumann, 2017; Macklin, 2019).

La resiliencia también se refleja en su capacidad para reformular sus narrativas. Ajustan sus discursos a crisis políticas, tensiones culturales o episodios migratorios, manteniendo entre sus simpatizantes la sensación de que existe una identidad racial o cultural en peligro. Esta actualización constante permite que la ideología conserve relevancia y capacidad de movilización en contextos cambiantes, reforzando la idea de un conflicto racial o civilizatorio inevitable (Miller-Idriss, 2020; Macklin, 2019).

Otro aspecto clave es la fragmentación estratégica de sus actividades. El movimiento reparte sus esfuerzos entre ámbitos culturales, políticos, comunitarios y clandestinos, evitando que la presión institucional sobre uno de ellos paralice al conjunto.

Algunas redes se centran en la producción cultural o propagandística, mientras otras impulsan iniciativas políticas o comunitarias que buscan normalizar determinadas narrativas en el debate público. Paralelamente, sectores más radicalizados operan en la clandestinidad, configurando una estructura multifacética capaz de resistir distintos niveles de presión estatal (Berger, 2018).

Estas dinámicas tienen implicaciones directas para la seguridad. La radicalización vinculada a la extrema derecha no suele surgir únicamente de la exposición a propaganda violenta, sino de la acumulación progresiva de discursos identitarios que legitiman percepciones de amenaza cultural o demográfica. Por ello, la prevención requiere identificar a tiempo procesos de polarización social que puedan ser aprovechados por actores extremistas para movilizar apoyo o reforzar identidades excluyentes.

Ante este escenario, las respuestas institucionales deben ir más allá de la vigilancia o la persecución penal. La investigación reciente destaca la necesidad de enfoques interdisciplinarios que combinen herramientas de seguridad con políticas sociales, educativas y culturales. Programas centrados en el pensamiento crítico, la alfabetización mediática y la detección temprana de señales de radicalización pueden reducir la capacidad de captación de estos movimientos, especialmente entre jóvenes expuestos a discursos polarizadores en entornos digitales (Conway, Scrivens & Macnair, 2019).



El carácter transnacional de estas redes hace imprescindible reforzar la cooperación internacional. El intercambio de información entre agencias, la coordinación de marcos legales y la colaboración con centros de investigación permiten identificar patrones emergentes y diseñar respuestas más eficaces ante amenazas que superan las fronteras nacionales (Neumann, 2017).

La regulación del entorno digital constituye otro desafío central. Las plataformas en línea funcionan como espacios donde se articulan comunidades ideológicas que refuerzan percepciones de victimización colectiva y fomentan identidades radicalizadas.

Las estrategias de prevención deben equilibrar la libertad de expresión con la necesidad de limitar la difusión sistemática de contenidos que promuevan violencia política o deshumanización. Para ello son esenciales mecanismos de moderación más eficaces, mayor transparencia algorítmica y una colaboración constante con actores tecnológicos (Winter, 2020).

El análisis de la “White Jihad” muestra que el extremismo contemporáneo opera como un sistema dinámico en el que ideología, organización y cultura interactúan de forma continua. Comprender esta complejidad permite diseñar estrategias de prevención más integrales, orientadas no solo a contener las expresiones visibles de violencia, sino también a debilitar las condiciones sociales, culturales y comunicativas que permiten la reproducción y adaptación de estos movimientos a largo plazo (Berger, 2018; Macklin, 2019; Miller-Idriss, 2020).

## CONCLUSIONES

El fenómeno de la “White Jihad” y la “white sharia” representa una forma actual de extremismo híbrido que combina ideas, símbolos, prácticas culturales y dinámicas psicológicas para impulsar nuevas formas de movilización radical.

Su estudio muestra que los movimientos de extrema derecha no se limitan a ejercer violencia física; construyen narrativas complejas que legitiman esa violencia, refuerzan identidades colectivas y establecen códigos de conducta presentados como moralmente válidos.

La mezcla ideológica que caracteriza a estos fenómenos permite tomar elementos del yihadismo, la propaganda digital y la estética de otros movimientos, adaptándolos a marcos de supremacía racial y control patriarcal. Esta estrategia fortalece la cohesión interna, aumenta la capacidad de adaptación frente a la presión institucional y facilita la difusión transnacional a través de redes digitales, comunidades culturales y plataformas sociales. La dimensión de género, visible en la “white sharia”, muestra cómo estos discursos utilizan la sexualidad y la reproducción como escenarios de conflicto racial, consolidando un patriarcado extremo que legitima la vigilancia y la violencia contra quienes se consideran desviados de la norma.



La incorporación de teorías conspirativas como el “Gran Reemplazo” o “Eurabia” intensifica la percepción de amenaza y permite articular estrategias de movilización emocional que facilitan la justificación de la violencia.

Desde el ámbito de la seguridad y la prevención, la “White Jihad” plantea desafíos amplios: redes transnacionales, propaganda digital sofisticada, construcción de capital simbólico e instrumentalización de identidades basadas en la exclusión racial y de género.

Estos factores exigen políticas integrales que combinen educación mediática, regulación de plataformas, programas de desradicalización y cooperación internacional, abordando tanto los factores individuales como los colectivos que alimentan la radicalización.

En conjunto, el análisis de la “White Jihad” y la “white sharia” ofrece claves para comprender la transformación del extremismo contemporáneo. Subraya la necesidad de considerar la interacción entre ideología, cultura, emociones colectivas y tecnología digital al estudiar estos movimientos y al diseñar estrategias eficaces para prevenir y mitigar la violencia extremista.

## REFERENCIAS

Bat Ye'or. (2005). *Eurabia: The euro-arab axis*. Fairleigh Dickinson University Press.

Berger, J. M. (2018). *Extremism*. MIT Press.

Camus, J.-Y. (2012). *Le grand remplacement*. Éditions David Reinhard.

Conway, M., Scrivens, R., & Macnair, L. (2019a). *Right-wing extremism and digital radicalization: An ecosystem approach*. International Centre for the Study of Radicalisation.

Conway, M., Scrivens, R., & Macnair, L. (2019b). *White Jihad: The cross-pollination of Islamist and white supremacist ideologies online*. ICCT Policy Brief.

Koch, A., Nahon, M., & Moghadam, A. (2021). *White jihad: Hybrid extremism and the rise of transnational neo-Nazi networks*. *Terrorism and Political Violence*, 33(5), 987–1008. <https://doi.org/10.1080/09546553.2020.1826627>

L-Post. (2021, February 17). *UK teenager arrested over neo-nazi terror plot*. L-Post News. <https://www.l-post.com/uk-teenager-neo-nazi-arrest>



## REFERENCIAS

Macklin, G. (2019). Transnational white supremacist terrorism: A new challenge for security policy. *Perspectives on Terrorism*, 13(4), 20–35.

Microsoft Copilot. (2024). Herramienta de asistencia basada en IA para revisión gramatical y ortográfica del texto. Microsoft.

Miller-Idriss, C. (2020). *Hate in the homeland: The new global far right*. Princeton University Press.

Nacos, B. L. (2020). *Terrorism and counterterrorism*. Routledge.

Nahon, M., & Moghadam, A. (2019). The global network of violent extremist groups: Hybridization and strategy. *Studies in Conflict & Terrorism*, 42(12), 1101–1118. <https://doi.org/10.1080/1057610X.2018.1544569>

Neumann, P. R. (2017). *Radicalized: New jihadis and the threat to the West*. I.B. Tauris.

Senholt, J. (2020). Order of Nine Angles and the ideology of esoteric Nazism. *Terrorism and Political Violence*, 32(7), 1420–1439. <https://doi.org/10.1080/09546553.2019.1629518>

Winter, C. (2015). *Documenting the virtual caliphate*. Quilliam Foundation.

Winter, C. (2020). *Digital extremism: Youth radicalization and online ecosystems*. Routledge.